

Laurence FONTAINE

L'économie morale. Pauvreté, crédit et confiance dans l'Europe préindustrielle

París, Gallimard, 2008, 437 pp.

Laurence Fontaine es una historiadora bien conocida por muchos colegas españoles, sobre todo de historia moderna, gracias en buena medida a su magna obra sobre los vendedores ambulantes —*Histoire du colportage en Europe XVe-XIXe siècles*— de 1993. O por su participación en reuniones sobre el consumo, como es el caso de *Consumo, condiciones de vida y comercialización*, J. Torras y E. Yun (dirs.), 1999, en dónde con su contribución titulada “Redes de buhoneros (vendedores ambulantes) y desarrollo del consumo en Europa durante los siglos XVII y XVIII” matizó seriamente los límites de los inventarios post mortem en el análisis del consumo. Especialista en migraciones y actividades económicas de la Europa moderna, es directora de investigaciones en el CNRS y ha sido catedrática en el Instituto universitario europeo de Florencia.

Este nuevo libro de la autora es una obra bien escrita, de lectura agradable incluso para los no especialistas, llena de matices; casi se podría escribir que muy francesa, equidistante de los planteamientos neoliberales y de los sostenidos por los “antiglobalización”, denominación española que probablemente enfatiza uno de sus aspectos en exceso.

Aunque la autora señala en la introducción que su libro quisiera contribuir a un acercamiento nuevo a la economía del Antiguo Régimen (p. 14), las conclusiones lo sitúan también en el centro de unos debates que desbordan el terreno de los historiadores y que son de candente actualidad. Ya el título principal —*L'économie morale*— nos remite a E. P. Thompson, a su *Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century*, de 1971, y a quienes son denominados “altermondialistas”, que consideran que el proceso de globalización debe llevarse a cabo teniendo en cuenta ciertos valores sociales y con un respeto por el medio ambiente, entre otros elementos.

Como no pocos historiadores, la autora espera que la correcta, o la menos inexacta, comprensión del pasado ilumine algo el presente y las decisiones que pensando en el futuro se adopten. Las últimas páginas del libro centran el problema y las opiniones de la autora sobre el tema.

El libro está estructurado en diez capítulos y unas conclusiones. En los dos primeros se estudian los mecanismos de endeudamiento en el mundo rural, un mundo profundamente empeñado, en el que el préstamo, bastante controlado por los privilegiados, era al mismo tiempo manifestación de magnificencia, de poder y de control de la mano de obra. El tercer capítulo se dedica a las deudas de la nobleza, importantes durante los siglos XVI y XVII, pero bastante controladas por estrate-

gias puntuales —abandono durante cierto tiempo de la corte, lugar de dispendios comprometedores— y sobre todo por mecanismos institucionales, como el mayorazgo en Castilla o el “Strict Settlement” en Inglaterra y obviamente por el favor real.

Los capítulos cuarto y sexto se centran en el mundo urbano, en los préstamos concedidos y recibidos por el pequeño comercio y sobre todo en los empeños con garantía de prenda, que por lo general entran en el campo de la usura, sólo mitigada en cierto modo donde existían montes de piedad. Un terreno en donde se codeaban usura y caridad. Entre estos dos capítulos, el quinto, particularmente atractivo, analiza el papel mitigador del mercado de la precaria situación legal de la mujer casada.

La actividad normativa de la Iglesia y del Estado ocupa el capítulo séptimo. La hostilidad teórica de ambas instituciones con respecto al crédito y a la usura estuvo contrapesada por una práctica más bien laxista. La monarquía hispana y sus banqueros genoveses o portugueses hubieran sido un buen ejemplo: éstos últimos fueron acusados por la Inquisición de judaizantes, no de cobrar al monarca intereses muy por encima de los legales. Los últimos capítulos se dedican a las prácticas y culturas de los intercambios: don-corrupción, cliente-amigo, economía del don con trapuesta pero al mismo tiempo incrustada en el capitalismo, el bazar como lugar en donde los vendedores ponen sus productos a la vista de los posibles clientes para que puedan contrastar calidades y precios, pero en donde también se da el regateo, lo contrario del precio fijo. El último capítulo analiza cómo a falta de instituciones que garanticen la transparencia del mercado y el cumplimiento de los contratos, eran necesarios la confianza, las redes, la endogamia, la reputación (¡cara palabra para el Conde Duque de Olivares por otras razones!), la amistad. Porque además y como en nuestros días, el problema estaba en la información.

Por toda una serie de razones, buena parte del libro está bastante próxima a los intereses y publicaciones de muchos historiadores económicos o economistas historiadores españoles insertos en una tradición historiográfica que arranca de Don Ramón Carande y su *Carlos V y sus banqueros* y de la historiografía francesa en la órbita de los *Annales*. Quizá por eso mismo, uno echa en falta, cuando la autora usa trabajos referidos a Castilla, el *Valladolid au siècle d'or*, de Bartolomé Bennassar de 1967, en especial su capítulo III “monnaie, crédit, revenus”, o las páginas dedicadas por Janine Fayard en *Les membres du Conseil de Castille à l'époque moderne (1621-1746)*, de 1979, a censos, créditos y juros, o el inventario de los censos de Castilla de Antonio Domínguez Ortiz en su *Política y hacienda de Felipe IV*, de 1960, reeditado en 1983. La bibliografía española parece un tanto sesgada. También sorprende que en la bibliografía, no en el texto, ya que es citado en la página 321, falte Fernand Braudel, en especial “Les jeux de l’Échange” de su *Civilisation matérielle, Économie et Capitalisme, XVe-XVIIIe siècles*, tomo II, de 1979. Máxime teniendo en cuenta que Fernand Braudel y Laurence Fontaine no tienen una opinión muy diferente de la obra de Karl

Polanyi. El W. Kula de *Théorie économique du Systeme féodal: pour un modèle de l'économie polonaise 16e-18e siècles*, de 1970, hubiera proporcionado a la autora, que enfatiza el papel liberador del mercado no sólo con respecto a la condición de la mujer, un ejemplo que refuerza en otro terreno su argumento: una nobleza polaca que consiguió sacar a sus siervos y a muchos comerciantes del mercado para instaurar la segunda servidumbre.

El libro dejará fríos a quienes piensan que la historia económica es casi exclusivamente cuantitativa y “modelizada” y no entusiasmará a los partidarios de una “economía moral”, ni tampoco a los practicantes de una nueva historia narrativa, éstos desbordados por el nivel cultural de la autora. Pero será leído con agrado y notable aprovechamiento por quienes tienen una idea más abierta de la economía y más seria de la historia. Esperemos que el libro se pueda traducir pronto al español, pensando no sólo en los lectores de España sino también y quizá sobre todo en los del otro lado del Atlántico, que son los que más ideas aplicables al presente pueden sacar de su lectura.

Emiliano Fernández de Pinedo
Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea